

Incidencia de la estructura agraria en la producción de alimentos: estrategias de sujetos intervinientes

Impact of agrarian structure on food production:
strategies of the involved actors

Edgardo González

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de la Plata, Argentina

Estación Experimental Agropecuaria Bordenave, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA-EEA Bordenave), Argentina

egonzalez@jursoc.unlp.edu.ar

<https://orcid.org/0009-0005-4148-1642>

Profesor titular de Derecho Agrario, Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Universidad Nacional de la Plata

Resumen

El alimento es un eje vertebrador de políticas públicas que vincula necesariamente a los sujetos de la actividad agraria con los consumidores. Es importante describir someramente la evolución histórica del acceso y provisión de los alimentos y la incidencia de las políticas públicas en la materia. En particular el sector de la agricultura familiar es clave en la producción de los mismos en la actualidad por el rol que tiene en el arraigo, la producción diversificada y los canales cortos de comercialización.

Palabras Clave: Agricultura familiar, políticas públicas, acceso al alimento.

Abstract

Food links the subjects of agricultural activity with consumers and also and a backbone of public policies. It is important to describe the historical evolution of access

to food, its provision the impact of public policies on the matter. Currently, the family farming sector is key in food's production because of the role it plays in establishing

roots, diversified production and short marketing channels.

Keywords: Family farming, public policies, access to food.

1. Introducción

Nos interesa analizar la conformación de la estructura agraria, su desarrollo y etapas históricas como paso necesario para comprender la estructura global del país en el contexto internacional y el acceso a los alimentos por parte de la población.

En este sentido el rol que juegan permanentemente los sujetos intervinientes, dándole una mayor -o menor- incidencia al Estado o al Mercado ha sido fundamental para generar determinadas políticas agrarias con sus respectivas consecuencias socioeconómicas.

Siempre debemos tener en consideración que al referirnos a las políticas agrarias que determinan específicas estructuras agrarias, la cuestión central es la producción y acceso a los alimentos.

Se parte del entendimiento que, al visualizar en el centro de la cuestión al alimento, estamos necesariamente abriendo el alcance de las políticas agrarias en las más generales que se dan para el conjunto de las sociedades.

El recorrido histórico por los roles y espacios que ocupan los actores que construyen diariamente la ruta del alimento, como así también la conformación de las ideologías dominantes que determinan o inciden en los gobiernos es necesario para comprender la situación actual.

2. La necesidad y el deseo por el alimento

Partimos de algunas preguntas necesarias para este tópico. ¿Es la alimentación un derecho? ¿Quién/es son responsables de generarlo y de proveerlo? ¿Hay escasez o sobrante de alimentos? ¿El alimento como necesidad o como deseo de consumo?

Históricamente la provisión de alimentos se realizaba en comunidad, entendiendo que no existía una “obligación” en la provisión de los mismos. Ese hacer natural de los grupos o comunidades en conseguirlo generaba un compromiso solidario, por lo que no se cuestionaba el derecho a la alimentación. Era parte de la naturaleza misma y de las sociedades el generarlo para todos sus integrantes.

El entendimiento humano de la necesidad de los alimentos generaba la hospitalidad ante la llegada de un extraño al grupo ofreciéndole bebida y comida, uniendo la bienvenida con la necesidad alimentaria. El hecho cultural del alimento va asociado también a la festividad,

al compartir. Por ello la comensalidad es un hecho sociocultural, donde excede la necesidad fisiológica de alimentarse.

La construcción de este proceso histórico fue cambiando -¿evolucionando?- de tal manera que los alimentos se convirtieron en una mercancía de cambio, pasando lentamente de la solidaridad alimentaria a la obligación de cada uno en proveerse el alimento. Por lo que en la actualidad vivimos tensionados entre la necesidad de lograr el alimento diario y el hecho sociocultural de compartir y disfrutar del hecho de comer.

En la medida que nos acercamos a los sectores populares es mayor el tiempo que debe dedicarse en tiempo al logro del alimento y la posibilidad incluso de no lograrlo. Diariamente estos sectores se enfrentan a la posibilidad cierta de no conseguir alimento, o de conseguir menos de lo necesario para una alimentación adecuada.

En Estados Unidos las familias gastan el 10 por ciento de su renta en comida para consumir en casa. En todo el mundo, entre las personas más pobres, como en Pakistán, el gasto en comida está en torno del 75 por ciento de los ingresos. (Stuart, 2011, p. 109).

Las tensiones de las sociedades modernas se dan en torno al deseo de acceder a determinados bienes, entre ellos el alimento, que son puestos como necesarios gracias al marketing y la publicidad y a su vez la posibilidad -cierta- de no poder acceder a los mismos. La exclusión alimentaria por el deseo insatisfecho a raíz de la imposibilidad de adquirirlo genera frustraciones que exceden la necesidad alimentaria. Esa “necesidad” deseada es permanentemente incitada por la publicidad, que no necesariamente difunde aspectos esenciales de la alimentación y del producto alimento.

Hoy se reconoce el alimento como un derecho humano fundamental de las personas en tratados internacionales de raigambre constitucional, pero frente a ello está la lógica del mercado que pone un precio al mismo y un aparato publicitario de tal magnitud, donde la combinación de ambos aspectos genera el deseo y la imposibilidad de acceso para los sectores populares. Estos precios contienen el valor de realización y la ganancia que, en la lógica capitalista, tiende a acrecentar todo lo que se le permita a las empresas.

Las sociedades y por ende los Estados están atravesados por la tensión dada en reconocer el derecho humano al acceso alimentario y la razón de ser de quienes manejan el mercado de los alimentos en cuanto a maximizar sus ganancias.

Nuestros alimentos no son alimentos, no son nutrientes, son mercancías y han caído bajo la lógica de la mercancía. Y esa lógica es la ganancia, no la salud. La lógica empresaria no quiere hacer las cosas bien ni saludables. La comida no es para comer. Para un empresario, la comida basta que sea buena para vender. Obviamente nadie va a querer envenenar al comensal, porque no le compra al día siguiente. Ahora, si lo envenena de a poco durante 30 años, es otra cosa. Tenemos un gran problema por la forma que esta sociedad eligió para la producción de los alimentos. (Aguirre, 2012, párr. 14).

Por ello se elaboran alimentos para cada clase o estrato social, no de acuerdo a las necesidades de la población sino las propias de quienes los comercializan. Por ello sucede que en el mundo se produzcan alimentos en exceso para las necesidades de la humanidad y en simultáneo se acrecienta anualmente la población que no accede al mismo.

(...) tenemos disponibilidad excedentaria de alimentos y cada vez más desnutridos. Que haya alimentos suficientes y sustentables son condiciones importantes para la lucha contra el hambre, pero no son ellas las determinantes. Por eso tenemos la vergüenza de la actualidad: alimentos excedentarios y 1000 millones de desnutridos. Los alimentos son mercancías. África tiene hambre porque los alimentos africanos se los comen los europeos, porque exportan sus alimentos. El mercado decide la distribución de los alimentos. Los países y las personas que no pueden pagarlos, no comen. (Aguirre, 2012, párr. 12).

En este entendimiento de producción-consumo es que se convierta en negocio el despilfarro de alimentos. Tirarlos a la basura diariamente es una realidad que en gran parte de la sociedad parece normal. Previo a ello se generó la “necesidad” de la compra excesiva por ofertas únicas e imperdibles. Así es que, en Estados Unidos, paradigma del consumo “...los siete supermercados que examiné (Tesco, Asda, Morrisons, Sainsbury’s, Co-Cop, Marks & Spencer y Waitrose) tiran 367.000 toneladas de comida cada año (Stuart, 2011, p. 58).

Y cada hogar, especialmente de la clase media tira una cantidad considerable de alimentos aprovechables cada día. Este sistema de funcionamiento de la cadena alimentaria (producción-consumo) genera que en los países ricos se desperdicie mucha mayor cantidad que en los países pobres. Así “El total de 5,4 millones de toneladas de residuos alimentarios evitables que producen los hogares (en Inglaterra) comprende un colosal 25 por ciento de toda la comida que la gente compra para consumir en casa” (Stuart, 2011, p. 101).

Pensarnos como sociedad de consumo innecesario es el primer paso para reconocer el problema, mejorar en definitiva nuestra dieta y contribuir al acceso a los alimentos de parte de la población más pobre.

El doctor Tim lang, profesor de política alimentaria en la City University de Londres, piensa que el despilfarro se ha hecho inseparable de la estructura de provisión actual de alimentos: ‘La comida sale a borbotones de la maquinaria de los supermercados y acaba inundando a los consumidores. Estos son cómplices voluntarios: el modelo de abundancia de comida es intrínseco a la cultura de consumo. La oferta está dictando a la demanda; la cola está moviendo al perro’ (Stuart, 2011, p. 100).

Necesariamente debemos agregar que este despilfarro de alimentos, genera costos ambientales y de utilización excesivo de los bienes naturales, que sabemos que son bienes finitos que debiéramos preservar. El sistema de producción y consumo de los alimentos es altamente ineficiente en términos ambientales y de cuidado del planeta. Dicha ineficiencia se convierte en ganancia para algunos y pérdidas para una gran mayoría de la población, especialmente los sectores populares.

Pensar ese traspaso histórico de la comensalidad de aquellas sociedades hasta las nuestras nos permite entender los cambios estructurales que se generaron.

Durante miles de años comimos juntos porque producíamos colectivamente nuestros alimentos. Eso es la comensalidad. Y comer juntos tiene sus reglas sociales. El contenido de la regla cambia con el lugar, con el tiempo, con la cultura, pero siempre hay reglas. Con la comida se transmitían un montón de valores que, en sí, no tienen que ver con la comida, sino que tienen que ver, por ejemplo, con los roles de la mujer y el hombre. Cuando en una mesa el papá dice: “no hay sal” y la mamá se levanta a buscar la sal, los chicos no aprendieron que la comida se sazona, tuvieron un posgrado de relaciones de género, quién tiene que exigir y cómo se exige, quién tiene que responder y cómo se responde. La mesa es el micromundo donde los padres transmiten, sin querer, valores que van más allá. La comensalidad es un tema social. Es la cultura la que fija la comensalidad como reproductora de las instituciones sociales (Aguirre, 2012, párr. 30).

Re-pensar nuestros hábitos de consumo alimentario es el paso necesario para actuar nuevas formas de hacerlo. Para actuar esos nuevos hábitos alimentarios debemos necesariamente re-pensar nuestros tiempos y lógicas de comportamiento. Por ello lo que plantea Vandana Shiva puede ser solo una utopía o una realidad próxima:

Hoy en día, cultivar un huerto es el acto más revolucionario en los tiempos que vivimos. Porque es una expresión de las posibilidades y el potencial de cada uno. Aprender a cultivar al menos una parte de tus alimentos en un tiempo

de dictadura alimenticia, es revolucionario. Te garantizas tu propia comida. Y de paso te procuras tus propias semillas, y eso significa que eres parte del movimiento Seed Freedom. Cultivar un huerto es al mismo tiempo un acto de rebeldía y de esperanza. Una manera de decir: no me voy a rendir. (Shiva, 2013, párr. 5).

3. Construcción de la estructura agraria

La generación primaria de los alimentos se da fundamentalmente en el campo, denominada producción agraria, que la realizan primordialmente los productores agrarios.

En la producción intervienen una cantidad necesaria de elementos, siendo esencial los bienes naturales y las tecnologías que se emplean para la generación de alimentos.

Está claro que en este sector primario intervienen factores estructurales negativos que inciden en el producto final: el alimento. De esta manera las tensiones en torno a ¿Qué alimento producir?, ¿dónde producirlo y con qué tecnologías? ¿Cómo mitigar los impactos ambientales en la producción? inciden en la construcción de la estructura agraria de cada sociedad.

La estructura agraria es la resultante del conjunto de factores materiales e inmateriales que se interrelacionan a partir de las necesidades y demandas de los humanos intervinientes, los marcos ideológicos construidos y la incidencia del mercado y los gobiernos en la generación de políticas públicas.

Dicha estructura agraria se relaciona con otras estructuras productivas de manera complementaria o competitiva. Todas ellas contribuyen a determinar el ordenamiento territorial, entendido básicamente como la distribución y ubicación de la población y las actividades (económicas, sociales) en los territorios.

La estructura agraria es dinámica y se va transformando a partir de múltiples acciones y comportamientos de los humanos que denominamos variables de análisis. Debemos dar cuenta de las políticas públicas, las ideologías mayoritarias y minoritarias, la construcción del estado y del mercado y las tecnologías empleadas para comprender el armado de la/s estructura/s agraria/a y los sujetos intervinientes.

Pensar la Argentina como *granero del mundo* a principios del siglo pasado, a un país actual que no produce la diversidad suficiente de alimentos necesarios para su población, significa poder comprender los cambios que se dan en la estructura agraria y como se construyeron esos cambios.

Así encontramos que la construcción del ordenamiento territorial se da a partir de los actores que queramos tener en el mismo y ello se vincula a las políticas que se implementan, que se vinculan estrechamente a la ideología y determina generaciones de tecnologías inclusivas o excluyentes.

4. Tecnologías

La construcción de las tecnologías es un hecho social que está condicionada por múltiples factores: ideológicos, de creencias, de utilidad social y económica. Las tecnologías son el complemento necesario de los humanos para el logro de determinados bienes y servicios, o para facilitar el logro de los mismos. En este sentido la tecnología es un instrumento de ayuda de los sujetos.

También podemos crear tecnologías de exclusión que se piensen para lograr volúmenes de producción innecesarios, de tal magnitud en costos que dejan fuera a determinados actores de la producción y a sistemas productivos que funcionan con otras lógicas a las dominantes de mercado. Por ello a la tecnología de punta siempre se contraponen las tecnologías de la otra punta, que se construyen socialmente desde otra perspectiva.

Las tecnologías denominadas de procesos son construidas (aun inconscientemente) desde un paradigma diferente a la de insumos. En las primeras, prima un criterio de utilización racional de los insumos en base a una producción equilibrada, que preserva bienes esenciales como las semillas, diversifica la producción de manera tal que utiliza los predios productivos en su completitud. Frente a las tecnologías de insumos que se basan fundamentalmente en la incorporación permanente (dependencia) de insumos que provienen de fuera del sistema productivo, cuyas variables de costo no dependen del productor y se basan en derivados del petróleo (combustible, agroquímicos, fertilizantes).

En la elección de estas tecnológicas debiera considerarse la cuestión ambiental, el impacto en los bienes naturales y qué alimento producimos.

Por ello las tecnologías de insumos son utilizadas mayoritariamente por la agricultura familiar que producen para mercados de proximidad, frente a las otras tecnologías generadas para producciones a escalas mayores y para ser colocadas como *commodities* en los mercados internacionales.

5. Políticas e Ideologías

En principio es inseparable pensar unas sin las otras, donde la construcción de las políticas dominantes se vincula a marcos ideológicos similares. Podemos pensar las políticas e ideologías más cercanas o más alejadas de la noción de estado y de mercado.

En simultáneo permanentemente se construyen y re-piensan políticas e ideologías diferenciadas y conflictivas entre sí; por ello la dinámica de esas construcciones y las permanentes tensiones hacia dentro de cada una y en la vinculación frente a las otras.

Pensar la intervención directa de las políticas agrarias en la producción y con los sujetos del campo puede coincidir directamente con las ideologías predominantes en el campo o pueden no hacerlo.

Denominamos discurso *tecnologizante* al construido en las últimas décadas que pensamos desde 1990 pero que se comenzó a construir a partir de la dictadura cívico militar de 1976. Se presenta como un discurso a-ideológico, donde lo que interesa es la tecnológica para lograr mayor productividad, sin la intervención del estado en la regulación agropecuaria. Ese discurso va de la mano con una visión de mercado y se vincula estrechamente a las políticas conservadoras.

6. Conclusiones: Para seguir pensando... y trabajando

La vigencia en el tiempo del actual periodo de la estructura agraria, como su casi absoluta predominancia ha generado la consolidación de ideologías y discursos que aparecen como únicos y sin posibilidad de contrarrestar. Indicativo de esa otra ideología es la utilización de tecnologías de procesos, vinculadas estrechamente a la producción agroecológica, la preocupación por el cambio climático y el mantenimiento de prácticas ancestrales vinculadas a un discurso agrarista, que aleja a un sector de los productores de la dominancia discursiva y de las políticas implementadas.

Esa dominancia ha generado volúmenes de producción exportables, como nunca en la historia se habían logrado, pero ello no significa mejora en los territorios, ni que las ganancias vuelvan a las economías locales.

En cada variable del campo que analicemos encontraremos concentración económica que avanza día a día. Esta concentración en la tenencia de la tierra por ejemplo genera automáticamente desaparición de escuelas rurales, de pueblos pequeños y concentración urbana y de cambios en la producción, distribución y comercialización de los alimentos.

Una cuestión que aparece como incuestionable es la eficiencia del sistema productivo dominante. Si lo analizamos en el desarrollo tecnológico basado en productos derivados del petróleo, en las grandes maquinarias agrícolas, en el aumento permanente de la productividad, no hay dudas que el sistema es altamente eficiente.

Cuando a esas variables le agregamos la cuestión ambiental, de ordenamiento territorial, de soberanía alimentaria y de actores en los territorios, pareciera que la ecuación da negativo. ¿Y el alimento? La consolidación de la producción de *commodities* nos aleja cada día de la producción de alimentos sustentables y diversificados.

La consolidación de la agricultura familiar, la defensa del estado como actor necesario para equilibrar las pronunciadas desigualdades que genera el mercado, la organización de los sectores vulnerables (productores y consumidores) son imprescindibles para lograr la soberanía alimentaria o al menos una alimentación suficiente y adecuada para toda la población.

7. Referencias

- Aguirre, P. (2012, 13 de agosto). *Nuestra dieta está manejada por empresas* [Entrevista]. Instituto Argentino para el Desarrollo Económico. <https://www.iade.org.ar/noticias/nuestra-dieta-esta-manejada-por-empresas>
- Shiva, V. (2013, 7 de octubre). *Lo más revolucionario es un huerto*. [Entrevista]. El Mundo. <https://www.elmundo.es/elmundo/2013/10/07/baleares/1381134002.html>
- Stronzake, J. (2011). *Alimento: ¿Derecho o mercancía? Hambre y alimento en perspectiva histórica*. Universidad del País Vasco.
- Stuart, T. (2011). *Despilfarro: El escándalo global de la comida*. Alianza.